

Una doña Rosita british

C.H.B. Kitchin. *A toda vela*. Traducción de Laura Salas Rodríguez. Periférica. Cáceres. 2010. 187 págs. 17,50 euros.

Marta Sanz

La inanidad y el convencionalismo, la hipocresía y la doble moral -la falta de aire en los pulmones- han sido expresados literariamente a través de relatos sobre la deriva cotidiana de mujeres con mayor o menor conciencia de la necesidad de salir corriendo: mujeres bien o mal casadas, solteras irredentas, viudas o señoras de vida sentimental turbia que, moviéndose en círculos parecidos, no comparten necesariamente clase social. De ahí la importancia de la ambición, las maquinaciones y del dinero como temas. También la idea del significado y la posibilidad de la independencia femenina, de la habitación propia, de la conquista de un lugar en la comunidad que no venga dado por el vínculo que se establece con el varón. Dentro de este género cuyo referente mítico sería Aphra Behn -a quien, según Virginia Woolf todas las mujeres deberíamos llevarle flores,- tendríamos a Jane Austen como madre fundadora y como apóstoles -a ratos- a Henry James, Edith Wharton o la misma Virginia. La variable de clase nunca desciende al nivel del proletariado: eso daría lugar al cuento de la Cenicienta o a un tipo de narración cercana a Dickens, Galdós o Gorki. C.H.B. Kitchin pertenece a esta cofradía, pero *suen*a diferente por el mecanismo narrativo que pone en marcha para construir el interior y el exterior de su protagonista, la señorita Lydia Clame. Como narrador, Kitchin sabe bien en qué momentos debe acercarse su catalejo hasta lo más profundo de la conciencia de Lydia y cuándo debe alejarse: cuándo enseñarla desde esa distancia que la empequeñece o desde esa cercanía que, en principio, la achica más, pero que acaba engrandeciéndola. O al revés. Parece que Kitchin adoraba a las Lydias, que las compadecía y le irritaban, que le hubiera gustado abrirles los ojos. Kitchin, como apunta Virginia Woolf, su editora, habla de mujeres que viven en el siglo XX como si aún no pertenecieran a él y que se ciñen a unas normas que les llevan a desarrollar férreos sistemas de razonamiento propios de ciertas psicopatologías. La coherencia de la locura no deja resquicios. La titánica coherencia de Lydia Clame delata una insania que refleja, a escala reducida, las reglas de una sociedad que se jacta de ser civilizada y racional. Lydia expresa la paradoja de un sistema que nos condena a la eterna contractura emocional y a la alienación porque, si asumir las reglas ahoga, aún ahogan más los mundos de fantasía que se venden en forma de sueños o evasiones. Lydia no es ni muy lista ni muy tonta y, desde luego, no es ni la mitad de especial de lo que ella se cree: Kitchin coloca por encima del personaje a unos lectores que, en las distintas posiciones de su catalejo, lo ven como esperpento triste o como ser humano digno de cariño y piedad. El lector ríe, pero también siente tristeza frente a la vanidad o el amor extemporáneo de Lydia Clame, una doña Rosita *british*, que crece como personaje al mostrar la verdad -quizá la estupidez- de sus sentimientos. Tal vez es que la realidad es demasiado pequeña para Lydia o puede que lo que consideramos grande sólo sea estúpido. “Tengo una manera tan poco natural de hacer lo que quiero hacer”: en la impostura, en esa imposición que apuntala la fantasía de una libertad de la que no se goza, reside la grandeza de un personaje que vive en las mentiras, es una mentira, pero se da cuenta de que sólo tiene ojos para lo superficial. Quizá creer en las mentiras es el único modo de soportar algunas certezas básicas: “Nada es más burgués que no atreverse a hablar de dinero,” “Ochocientos eran unos ingresos ridículos. También lo eran quinientas. Uno debería tener cinco mil (o nada en absoluto.)” Lydia Clame no se chupa el dedo. Aun así no se salva del romanticismo: funestos presagios, naturaleza, huida... las cosas en las que ella quiere creer y que, anticlimáticamente, se vuelven en su contra en forma de una enfermedad no demasiado romántica. Al final las habas siempre están contadas y en el cuento de la lechera se acaban rompiendo los cántaros.